

AÑORANZAS DEL PASADO Y VIVENCIAS DEL PRESENTE

LA AVENIDA DE LA CONSTITUCIÓN

Dormitaba tranquilamente una de esas tardes calurosas del mes de septiembre, sin dejarme interrumpir por la mosca impertinente que, de vez en cuando, quiere, una y otra vez, de forma cansina, amargarte la existencia.

Mi imaginación volaba por aquella avenida llamada de Calvo Sotelo, hoy de la Constitución, acompañado por mi padre; escuchábamos los olés que, estruendosamente, se repetían una y otra vez en el coso taurino de la vieja plaza de toros.

Granada estaba en fiesta, era Corpus Christi; a las puertas de los tendidos aguardaban los carruajes tirados por caballos bellamente engalanados; en ellos se subirían bellas señoritas que los adornarían con sus hermosos semblantes, con claveles rojos reventones adosados a sus cabelleras, y preciosos mantones de Manila.

En desfile triunfal por la Gran Vía y Reyes Católicos se lucirían coches y carrozas. Era el espectáculo para aquellos que, por falta de medios económicos, no habían podido asistir a la corrida: el llamado desfile de los toros.

Había otros que, por los alrededores del coso taurino, simplemente se deleitaban con escuchar el griterío ensordecedor que salía de la plaza.

Las voces de los pregones llegaban hasta mis oídos: “¡Gaseosas frescas!, ¡pingüinos helados!, ¡viseras para el sol!, ¡niñas hay almohadillas, para que las posaderas no se cuezan en las gradas!,” y aquel pregón inolvidable del que portaba, colgada a sus espaldas, una enorme garrafa metálica, de largo cuello, adornada con ramas extraídas de las proximidades de la Fuente del Avellano: “¡eh!, el agua fresquita del Avellano, niñas el agua”.

Por la puerta grande salían los espectadores enfervorizados, portando a hombros a los triunfadores de la tarde que, en un mano a mano, se habían batido sobre el albero: Montenegro y Mariscal.

Aquellos tranvías amarillos pronto se llenarían de gente venida de los pueblos de la Vega, para regresar satisfechos a sus pueblos respectivos. Algunos en los estribos, para no quedarse en tierra y otros para evadir al cobrador, en la parte trasera sobre el enganche. El cobrador, con traje gris y gorra de plato, extraía de un estuche rectangular el billete que correspondía a cada trayecto y dejaba sentir el chirriar característico de la tapa, al abrir y cerrar, con un fuerte golpe metálico, cada vez que expendía un nuevo tique.

Aquella Avenida tenía dos paseos para los peatones, separados por un paseo central para los coches, mientras los dos laterales contiguos soportaban el ir y venir de los tranvías de Santa Fe, Fuente Vaqueros, Chauchina...

Las gigantescas plataneras que había a través de toda la avenida, le daban el empaque de un gran bulevar. Junto a él la Cruz Blanca, con su enorme placeta para recreo y divertimento de los que aspiraban algún día a ser actores en balompié en el próximo campo de los Cármenes, junto a Trompi, Floro, Millán, González, Sosa, Conde, Sierra...

El barrio de S. Lázaro, con sus innumerables casitas, a modo de Belén viviente; los jardincillos, con su fotógrafo y su máquina de cajón repleta de fotografías de soldados y niñeras. Niñeras que, vestidas con su traje negro, cofia y delantal blanco, paseaban a los infantes de las familias más privilegiadas del momento, portando carrito y cortejo de militar.

Vendría la Caleta donde habíamos ido a comprar, en aquellos almacenes, las naranjas venidas del Valle de Lecrín, que se agolpaban en montones gigantescos.

Hoy me he paseado por ésta que se llama Avenida de la Constitución, hoy, cuando un humilde frailecillo que vivió allí junto a la plaza de toros, que recorrió las viejas calles de la ciudad y de los pueblos mendigando, portando un sayal atado con una soga de esparto, llevando un zurrón y con los pies medio descalzos, un día doce de septiembre del 2010, cuando sol brillaba fuertemente, en ese enorme campo de aviación en Armilla, vitoreado por millares de devotos, venidos de todas las partes del mundo, fue proclamado beato.

Fray Leopoldo de Alpandaire, por la proximidad de su convento con las Escuelas del Ave María del Triunfo, (desaparecidas en 1946) en más de una ocasión conversó con otro ilustre, Andrés Manjón, que, en los barrios más deprimentes de la ciudad, redimió de la ignorancia y del analfabetismo, a las clases más necesitadas, para educar a la población y hacer de los niños y las niñas hombres completos, corporal y mentalmente.

La mosca que desde el principio me ha ido socarronamente machacando con su deambular por todo mi cuerpo, me ha vuelto a la realidad actual y he vuelto a pasear por la gran avenida.

Me he levantado temprano, al alba, casi clareando las primeras horas de la mañana; pocas o casi ninguna persona transitaba por la ciudad; es una mañana de este mes en que da comienzo la estación del otoño. Los árboles de la Gran Vía comienzan a amarillear, alguna que otra hoja cae lánguidamente sobre el asfalto, que se va cubriendo como un tapiz de tejido multicolor; se escucha el chapoteo de los coches sobre los charcos de agua que va dejando el regador de turno; algunos vestigios desparramados por aquí y por allá de los últimos huelguistas de este fin de semana. Pandillas salpicadas

de chicos y chicas que se retiran, medio adormilados o embriagados, de algún botellódromo cercano.

Quiero en esta mañana vivir plenamente este nuevo gran bulevar de la Constitución: grandioso, elegante, y compartir dialogando con los personajes que actualmente lo habitan, las vivencias de sus tiempos.

Una voz fuerte y recia como salida de la ordenanza de un militar me detiene a la entrada.

-Alto, ¡vive Dios!, ¿quién va ahí a estas horas, rompiendo el silencio del amanecer?

-Señor, no quiero interrumpir el sueño eterno de los moradores actuales de esta avenida, pero quisiera, si vos me lo permitís, dialogar un momento con los insignes personajes que aquí se encuentran, antes que el pueblo granadino comience a ocupar la ciudad, le prometo no molestar a nadie.

-Si es así, sed bienvenido.

-Soy Gonzalo Fernández de Córdoba, conocido con el apodo del Gran Capitán.

Gracias, señor, por permitirme este paseo matinal.

Desde la lejanía la veo sentada en el banco, pensativa como trayendo a su mente sus poemas, sus soledades, su vida entre libros de la biblioteca universitaria de Granada y su añoranza perdida en una maternidad de la que nunca pudo disfrutar. Tiene sus poemas en la mano, acompañados con un ramillete de flores, se cubre las espaldas con una toquilla y su bolso lánguidamente se desvanece al margen. Es nuestra poetisa universal Elena Martín Vivaldi. Paso delante de ella y con una leve reverencia le doy los buenos días.

Federico García Lorca está sentado pierna sobre pierna, con el Romancero gitano en la mano. No busquéis a Federico en el barranco de Víznar, decía una de las quintillas de las carocas de un pasado Corpus Christi, se encuentra sentadito tomando el sol en la Avenida de la Constitución.

Oigo al fondo, alguien que está recitando, su voz es de las que embriagan al escucharlo, lento, parsimonioso, poniendo el énfasis en aquellas expresiones que calan en el alma.

Me acerco sigilosamente y descubro al que me imaginaba: es nuestro poeta albaicinerero, el de las tres acacias en la placeta del Salvador, Manuel Benítez Carrasco.

Está recordando sus tiempos de infancia, su Escuela de la Cuesta del Chapiz, el Ave María, y sus cantos al querer. Sigo caminando y detrás de mis pasos, sigo escuchando la voz del poeta, que poco a poco se va difuminando.

Poco más allá en estado de éxtasis con las manos juntas y mirando al cielo, nuestro Juan de Yepes, -San Juan de la Cruz-. Me lo imagino bajo el centenario ciprés del Carmen de los Mártires recitando: Noche oscura del alma.

Sentado en una especie de podium, piernas entrelazadas, manos juntas, enjuto y bastante delgado. Lo recuerdo siendo yo un niño, sentado en la papelería, Calle Reyes Católicos, "Casa Caso", esperando el tranvía del Realejo para después conectar con la cremallera y subir a su vivienda en la Antequeruela. Pasa por mi mente el delicioso sonido de su "Amor brujo". Con unos ¡buenos días, D. Manuel!, sigo paseando.

Hay un pajarillo sobre uno de los seis cojines que adornan un banco, me siento y desde allí contemplo a Pedro Antonio de Alarcón, María la Canastera, Eugenia de Montijo y el popular torero Frascuelo.

He conversado con ellos, he vuelto a recorrer la Alpujarra, he vivido sus pueblos y tahas, y he compartido su admiración contemplando la inmensidad de sus paisajes y la inspiración de sus poesías; los rasgueos de las guitarras, en las zambras gitanas del Sacromonte, el talante majestuoso de nuestra emperatriz Eugenia de Montijo y el porte torero de Salvador Sánchez Povedano, "Frascuelo" que equivocadamente dirige sus pasos hacia la antigua plaza de toros, ya desaparecida, donde tantas tarde de gloria obtuvo.

Son las nueve de la mañana, el bullicio de la gente se deja notar, el claxon de los coches y el rugir de las motos me hacen ir saliendo del letargo que durante unas horas ha alimentado mi espíritu y con paso sigiloso me dirijo a mi casa, contemplando el Albayzín con sus casitas encaladas, las torres de las iglesias de S. Miguel y San Cristóbal, el ondear de la Bandera Nacional, y las cumbres de nuestra Sierra Nevada que han comenzado a blanquear al cubrir su rostro con el albor de la nieve, proyectado hacia la ciudad, el frío intenso de un saludo mañanero.

José Medina Villalba

Segundo Premio en el Concurso de Relato Corto de Aluma